

## TAIZÉ, RESONANCIAS DEL CONCILIO VATICANO II



JOSÉ MIGUEL DE HARO SÁNCHEZ  
Misionero Redentorista.  
Presidente de Acoger y Compartir



Desde los inicios de la Comunidad Ecu mica de Taiz , el Hno. Roger, su fundador, buscó abrir caminos de confianza. Intent  sacar de los inmovilismos a hombres y mujeres implicados en los trabajos ecuménicos. Quiso ampliar la realidad del ecumenismo y la experiencia del Dios vivo a quienes sufren con los pobres y heridos de la tierra: *“Hoy más que nunca se alza una llamada a abrir caminos de confianza hasta en las noches de la humanidad.  Presentimos esta llamada?”*. La historia de Taiz  es el intento por responder a esa llamada que fue decisiva antes, durante y después de las cuatro etapas del Concilio Vaticano II.

# Camino de reconciliación

Las influencias mutuas entre el Concilio y la Comunidad Euménica de Taizé pasan por la historia de personas bien concretas y una fe sometida a prueba. Sin lo hecho antes del Concilio por la incipiente comunidad, difícilmente se podría hablar de resonancias mutuas. La realidad que liga al Vaticano II y a Taizé es la doliente exclusión de las Iglesias cristianas entre sí, y el trabajo hecho para superar esa situación creando puentes de diálogo y abriendo caminos de reconciliación.

Taizé no es un lugar institucional de diálogo ecuménico. Tampoco el creador del término *ecumenismo*, ni esta búsqueda de la reconciliación de los cristianos empieza con dicha comunidad. Pero el Espíritu sopla donde quiere y genera el asombro de su creación, a veces inimaginable, a través de vidas concretas capaces de una entrega confiada. Y algo de esto ocurre en esa colina de la Borgoña francesa.

Tampoco es en la Iglesia católica donde se inicia el despertar ecuménico, sino en la Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo, en 1910. Allí se plantea la cuestión del testimonio común de los cristianos en la acción misionera, recogiendo experiencias anteriores.

## LA CUESTIÓN ECUMÉNICA

Con anterioridad al Concilio, la jerarquía católica había levantado muros de autodefensa ante las Iglesias nacidas de la Reforma. Pero, a la vez, se dio cierta ambigüedad, porque una cosa son los documentos y otra la vida. El Espíritu aprovechó esta para preparar un tiempo nuevo. Lo ecuménico entonces era comprendido como algo muy intraclesial.

Fue **Pío XII** quien en enero de 1928, con su encíclica *Mortalium animos*, queriendo defender “la verdadera religión”, enjuicia negativamente

los intentos ecuménicos. Pese a eso, se dan ejemplos de una búsqueda ecuménica en el interior de la comunidad católica tanto a través de la oración (P. **Couturier**), como de la reflexión teológica (P. **Y. Congar**).

El monitum *Cum Compartum*, publicado por el Santo Oficio en junio de 1948, insiste en impedir que los católicos participen en las reuniones ecuménicas. Ante el malestar causado por dicho monitum, se publica más tarde una instrucción, *De motiione Oecumenica*, llamada también *Ecclesia Catholica* (1949), que “mitigaba la rigidez de *Mortalium animos* mostrando cierta apertura, reconociendo “la acción del Espíritu Santo en el movimiento ecuménico”, pero siempre en los términos de “regreso”, “retorno” de los que se fueron de la Iglesia católica.

En esa época, nadie podía imaginar que unos 12 años después hubiera un papa capaz de anunciar la celebración de un concilio en el que “el ecumenismo tuviera un papel central en la agenda de la Iglesia católica”; pero ocurrió.

Los años 40 del pasado siglo son los de la II Guerra Mundial y el recuerdo de sus horrores. También los del nacimiento de la comunidad de Taizé. Los europeos lucharon a muerte entre sí, y los cristianos siguieron excluyéndose desde las diferentes Iglesias cristianas. En el corazón de esas contradicciones el Hno. **Roger** acoge, con una infancia y desde una familia calvinista, la

llamada del Espíritu a actuar en favor de la reconciliación de los cristianos y los pueblos.

En ese clima duro, en 1944, Roger Schutz es consagrado pastor en Neuchâtel, y en octubre regresa definitivamente a la colina de Taizé con los dos primeros hermanos: **Max** y **Pierre**. Las interferencias de la Gestapo en los inicios de su estancia en Taizé quedaban atrás.

La dinámica vocacional de Taizé lleva impregnada una llamada a “ir a los otros”. Las visitas a las diversas Iglesias ha sido una acción constante. Lo sigue siendo. Ir al encuentro de aquellos que sin esa visita, sin esos encuentros, “quedarían apartados por la distancia, sus opiniones, las fronteras” o las diversas situaciones que viven. Estas visitas también se realizan a Roma.

Pese a la dureza mostrada en los documentos oficiales de la época, el entonces obispo de Lyon, cardenal **Gerlier**, se muestra sensible al tema del ecumenismo y valora lo que se estaba gestando en Taizé.

El año que Roma publica el monitum *Cum Compartum* (1948) era nuncio en París **Angelo Roncalli**, futuro **Juan XXIII**. El obispo de Autun, monseñor **Lebrun**, solicita un *simultaneum* (uso de un mismo lugar de culto para los oficios de confesiones diferentes) y, así, se concede a la incipiente comunidad la autorización para que utilice el templo católico de Taizé en su liturgia. El



Una de las sesiones conciliares



El Hermano Roger con el papa Pablo VI

primer oficio de Taizé en él se realizará en la vigilia de Pentecostés de 1948.

El obispo de Lyon fue más lejos, tomando la audaz iniciativa de solicitar y preparar una audiencia con **Pío XII** para Taizé. Y ellos le hablaron al Papa de las realizaciones ecuménicas que se estaban abriendo camino en Francia, a la vez que le pidieron “abriese poco a poco las puertas del ecumenismo”. Ya en Roma, no se reunieron solo con Pío XII, sino también con miembros de la Curia, entre ellos un tal monseñor Montini, más tarde **Pablo VI**.

Aunque esos encuentros podrían parecer infructuosos, a veces, algún logro sucedía. No obstante, para quienes estaban empeñados en construir puentes entre las Iglesias cristianas separadas, las cosas se volvieron a poner difíciles. Pío XII anunció la proclamación dogmática de la Asunción de la Virgen como colofón al Año santo de 1950. Una vez más, Taizé interviene. El Papa vuelve a recibir a los hermanos Roger y Max, porque en el mundo de la Reforma se había levantado toda una tempestad.

Roger no pretendía, ni Taizé con él, oponerse al contenido del dogma de la Asunción. Pero conocía su inoportunidad para el ecumenismo, ya que sería una puesta en práctica de la infalibilidad papal. Eso bloquearía las pequeñas vías de diálogo que se estaban abriendo. “Roger propuso al Papa que hiciese una **declaración** sobre la Asunción, absteniéndose de definir un dogma”. No fue escuchado. El 1 de noviembre de 1950, Pío XII proclamó con toda solemnidad dicho dogma.

Por esos años, Roger redacta la Regla de Taizé (1952), en la que escribe: “Ama a tu prójimo, cualquiera que sea su horizonte religioso o ideológico (...)”. Taizé no permaneció pasivo. En 1954 y 1955, se realizan en Roma reuniones de

teólogos católicos y protestantes en las que participan Taizé, cinco sacerdotes católicos y profesores de la Facultad de Teología protestante de Roma. El invierno ecuménico continuaba en su frialdad, pero no los paralizaba. Se cree que Pío XII no prestó una atención acertada al problema de la unidad, y que lo lamentó al final de su vida.

### LA ELECCIÓN DEL PAPA JUAN XXIII

El miércoles 28 de octubre de 1958 se anuncia que el nuevo papa ha elegido como nombre Juan XXIII. El cardenal Angelo Roncalli no había entrado en el cónclave como papable, pero parece ser que los cardenales franceses, que lo conocían bien, hicieron su trabajo. Entre ellos, Pierre Gerlier, amigo desde que Roncalli fue nuncio en París. El obispo de Lyon conocía “las dotes de intuición y apertura” del cardenal Roncalli, al igual que “su sensibilidad evangélica”. Juntos habían vivido la problemática creada desde Roma por la experiencia de los sacerdotes-obreros franceses.

Tan pronto concluyó el cónclave en el que el cardenal Roncalli pasó a ser el papa Juan XXIII, Gerlier fue recibido en audiencia, y este le pidió al Papa que recibiera a los hermanos de Taizé. Juan XXIII aceptó “a condición de que no me planteen problemas demasiado arduos”. El obispo de Lyon estaba convencido “de que nadie podía trasladar mejor el tema ecuménico al corazón del Papa recién elegido que el fundador de Taizé, que había hecho del ecumenismo el centro de su vida”.

Roger dice que “desde aquel primer diálogo personal con él (Juan XXIII), comprendí que algo nuevo estaba a punto de suceder: que estábamos ya para dejar atrás el frío invierno y adentrarnos en una *pequeña primavera*”.

### LA CONVOCATORIA DE UN CONCILIO

Las cosas fueron rápidas. Roger lo dice así: “Algunos meses después del inicio de su ministerio, el 25 de enero de 1959, Juan XXIII anunció que iba a organizar un concilio, para reunir a todos los obispos del mundo. Tenía la intuición de que un concilio podía abrir las vías de la reconciliación. Según él, se trataba de desprender a la Iglesia de todo lo envejecido para darle un nuevo rostro sin arrugas”.

En el nuevo Papa era fuerte la resolución de apostar por el ecumenismo. La creación, el 5 de junio 1960, de un Secretariado autónomo para la Unidad de los Cristianos, presidido por el cardenal **Bea** y monseñor **Willebrands**, fue uno de los pasos importantes. Pero también es verdad que la preparación del Concilio no se desarrolló con las características ecuménicas deseadas. Comisiones y subcomisiones redactaron más de 70 textos que no respondían a las líneas inspiradoras de Juan XXIII.

El Papa corrió grandes riesgos: “Contra la opinión de muchos –dice Roger–, no había dudado en invitar a ortodoxos y cristianos de distintas adhesiones protestantes. Pidió perdón por el pasado. Estaba dispuesto a ir más lejos. Había declarado: ‘No haremos un proceso histórico, no buscaremos saber quién ha tenido razón y quién se ha equivocado, las responsabilidades son compartidas; solo diremos: ¡Reconciliémonos!’”.

Taizé vibró con los proyectos del nuevo Papa. Para un pequeño encuentro de reflexión que tuvo lugar en Taizé en 1959, los hermanos habían preparado una serie de tesis “que debían servir de base a la discusión y expresar la esperanza de los no católicos en el Concilio”. Muchas de las tesis tratadas en ese y otros encuentros serán temas debatidos después en el Concilio. Algunos fragmentos:

- “Sabemos que la Iglesia católica profesa que ella ha conservado la unidad querida por Cristo. No nos incumbe juzgar aquí esta convicción. No obstante, debemos confesar que la manera de afirmar esta unidad es

a menudo lesiva para los no católicos. Cuando la Iglesia católica expresa la unidad de todos los cristianos en términos de ‘retorno’ o de ‘sumisión’, bloquea inmediatamente todo diálogo”.

■ “Para operar una distensión, sería importante que la jerarquía católica, y particularmente el Papa, expresaran: **a)** la marcha hacia la unidad de todos los cristianos en términos de conversión universal de todos –católicos, anglicanos, ortodoxos y protestantes–; **b)** que es preciso proceder a una búsqueda, no tanto de la unidad de la Iglesia, cuanto de los medios eficaces actuales para que todos los cristianos puedan alcanzar esa unidad dada por Cristo”.

■ “La renovación bíblica en la Iglesia católica ha permitido a los protestantes confiar más en la teología católica. Si los teólogos católicos se expresaran al máximo en el lenguaje de la Escritura, esta audiencia sería aun mayor”.

El informe se extendía en otras cuestiones imposible de desarrollar aquí. Lo cierto es que ese documento llegó a Roma y se entregó a Juan XXIII.

Un año después, en 1960, por primera vez desde la Reforma calvinista, invitados por el Hno. Roger, obispos católicos y pastores protestantes se reunieron para discutir sobre cuestiones de fe. El propio cardenal **Ottaviani** autorizó a los nueve obispos católicos a reunirse en Taizé con sesenta pastores, del 26 al 28 de septiembre de 1960. Un encuentro semejante tuvo lugar en 1961 también en Taizé.

Y a mediados de julio de 1962, cinco meses antes de la inauguración del Concilio, ocurría algo que Taizé nunca imaginó: llegaba a la comunidad una carta del cardenal Bea dirigida al “señor Pastor Roger Schutz” que, entre otras cosas, decía: *“La parte que habéis tomado desde hace años en la tarea ecuménica y el interés que manifestáis por la actividad del Secretariado para la Unión de los Cristianos, con el que mantenéis cordiales relaciones, son para mí ocasión de invitaros, al igual que al señor Pastor Max Thurian, a que asistáis al Concilio Vaticano II, en calidad de observador, como ‘Huéspedes del Secretariado’”* (...). Quedó decidido: estarían en el Concilio como observadores. Roger lo cuenta así:

*“Recuerdo el día en que la carta llegó. Estar invitados a formar parte de esa búsqueda colmó nuestros corazones de forma infinita”.*

Esa decisión papal marcaría un antes y un después para la comunidad ecuménica de Taizé. En su último libro, Roger escribe: “La acogida excepcional que nos otorgó el papa Juan XXIII en 1958, su apertura a la vocación ecuménica, la invitación que nos dirigió para participar en el Concilio Vaticano II, supusieron para nosotros un punto de inflexión. En muchas personas despertó un interés por la búsqueda que perseguía nuestra pequeña comunidad. Cada vez más jóvenes de distintos países vinieron a pasar unos días en nuestra colina. Después de veinte años de vida en común, nos sentíamos como lanzados a la plaza pública. Nos hicieron falta años para asimilar y comprender lo que nos estaba ocurriendo”.

De 1962 a 1965, Roma es el centro de atención de toda la Iglesia. El 11 de octubre de 1962 se abre el Concilio. Durante los tres años que dura y en sus cuatro etapas, la vida de Taizé gira en torno a lo que sucede en Roma.

## UN CONCILIO EN CUATRO ETAPAS

### 1ª etapa: otoño de 1962

La contribución de Juan XXIII al Concilio no solo fue determinante para su convocatoria, sino también a la hora de fijar sus líneas fundamentales. Merece destacarse la cuestión referente a las “fuentes de la Revelación” que, al margen del reglamento y en contra de la minoría, ordenó su retirada, abriendo un distanciamiento entre el Concilio y los textos redactados en la fase preparatoria.

El 13 de octubre, Juan XXIII recibe a todos los invitados como observadores. Roger comentará al P. **Chenu** su “viva emoción por esta audiencia”, por las palabras tan abiertas dichas por el Papa. Congar transmite un comentario de Roger: “Es necesario asumir con el Papa y el cardenal Bea el riesgo que valientemente ellos han tomado abriendo el Concilio a los observadores”.

En esta etapa, una de las voces más escuchadas del Episcopado brasileño, Dom **Hélder Câmara**, conoce al Hno. Roger. Se inicia una fecunda

amistad, sostenida también por otros obispos latinos que ya conocían Taizé, especialmente el de Talca (Chile), **Manuel Larraín**. Câmara contará cómo un día que Roger y Max fueron a desayunar con él, los presentes en el refectorio recibieron a los “monjes protestantes” con un sonoro aplauso. Esto nos dice el clima de aceptación y fraternidad vivido en el entorno del Concilio.

Los “observadores” no permanecieron pasivos, sino que tuvieron una influencia positiva en los diversos documentos conciliares. En el caso de los hermanos de Taizé, se sabe que una vez retirado el esquema *De fontibus* sobre las dos fuentes de la fe, Tradición y Escritura, para recomponerlo, hubo una reunión del P. Congar con **Oscar Cullmann**, **Hébert Roux** y Taizé para preparar un nuevo texto. Cerrada esta primera sesión el 8 de diciembre de 1962, **Gustave Thils**, teólogo del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, volvió a consultar a Taizé de manera detallada para la creación de un nuevo esquema sobre el ecumenismo.

Hablando del inicio del Concilio en octubre de 1962, Roger dice que “Juan XXIII supo encontrar las expresiones que estimulaban a avanzar, sin preocuparse de escuchar a los profetas de la desgracia”. Y queda impactado por una expresión que el Papa dijo ese mismo día: “La Iglesia prefiere recurrir al remedio de la misericordia antes que empuñar las armas de la severidad”. Esa será también la mirada de Roger hacia la Iglesia.

En el entreacto de la primera y segunda sesión conciliar muere Juan XXIII. Con tal motivo, en un arranque de sinceridad, Roger escribe en su diario: *“El 3 de junio de 1963, tuve conocimiento de la muerte de Juan XXIII, en el mismo momento en el que, con mis hermanos, íbamos a la oración de la noche. Al final de la oración me hubiera gustado decir en pocas palabras la profunda confianza que, a través de este Papa tan querido, se nos había concedido en el corazón de la Iglesia. Pero las palabras no salieron. Parecía que el suelo se había abierto bajo mis pies. De lo más profundo de mi ser surgía una pregunta: ¿Qué va a ser de Taizé sin Juan XXIII?”.*

*“Nuestro último encuentro tuvo lugar al 25 de febrero de 1963. Ahí se materializó*



Representación ecuménica en el Concilio

para nosotros el punto de inflexión. Éramos tres, con mis hermanos Max y Alain. Aquejado por un cáncer, el Papa sabía que su muerte se acercaba (...). Sus palabras fueron tan lejos, que hoy, todavía, ante ciertas dificultades, me ayudan a seguir adelante. Nunca he contado todo lo que dijo en esa entrevista, para que la generosidad del Papa no sea mal interpretada”.

“Sabía mirar más allá de las situaciones inmediatas. No se amedrentaba por las amenazas de lo negativo. Durante este último encuentro con él, le vimos lágrimas en los ojos, porque, nos dijo, algunas de sus intenciones se habían malinterpretado. Fue para él la prueba por excelencia”.

“Nos expresó su visión de una reconciliación no solo entre cristianos, sino entre todos los humanos. Nos habló de la paz mundial”.

## 2ª etapa: otoño de 1963

El Concilio confirma la dirección tomada en el primer período. Se estudian varios textos y se promulgan los dos primeros documentos: Liturgia y Medios de Comunicación.

La pequeña fraternidad de Roma vuelve a ser un lugar de acogida y diálogo. Los hermanos de Taizé vuelven a las sesiones del Concilio. Roger habla ante numerosos obispos brasileños y de otros países de América Latina, África e incluso italianos, de los textos sobre el esquema de la Iglesia que estaba en discusión. Destaca la importancia de la colegialidad de los obispos y la posibilidad de ordenar como diáconos a hombres casados.

El Concilio no se desarrolla solo en el aula conciliar. Tanto las cuestiones suscitadas por los textos como el

espíritu que las anima es materia que pasa a través de reuniones y conferencias que se multiplican en diferentes lugares de Roma, entre ellos la fraternidad que Taizé tenía en la Vía del Plebiscito. Un observador ortodoxo, monseñor **Timiadis**, dice: “¿Cómo podría olvidar las veladas en las que los observadores invitados por el prior de Taizé, Roger Schutz, y Max Thurian, se reunían en su casa para comentar el recorrido de los debates conciliares y con franqueza y honestidad explicar nuestras reacciones? Allí estaban presentes el cardenal **Tisserand**, el cardenal de Canadá monseñor **Roy**, **Charles Moeller**, el cardenal **Suenens**, el P. Yves Congar. Del lado de los observadores: Oscar Cullmann, **Lukas Vischer**, **Nicos Nissiotis**, **Paul Evdokimov** y tantos otros. En un clima fraterno se formulaban observaciones que ciertamente llegarían al conocimiento de Pablo VI”.

Finalizada la segunda sesión del Concilio el 4 de diciembre, tiene lugar el primer encuentro entre Pablo VI y el Hno. Roger, que ya se conocían.

## 3ª etapa: otoño de 1964

Quizás el período más tenso. Algunas intervenciones de Pablo VI son mal acogidas por la mayoría. Se promulgan tres documentos importantes: sobre la Iglesia, Ecumenismo e Iglesias Católicas Orientales. Es en esta etapa cuando el cardenal Ottaviani, temido por muchos y considerado un abanderado del ala “conservadora”, acepta la invitación de ir a comer a la fraternidad de Taizé. También cuando, tras conocer los resultados de la octava votación del esquema sobre la Iglesia, se dice que Dom Hélder y Roger se reunieron

para rezar juntos dando gracias por la aceptación del texto y para pedir por aquellos que no estaban tan contentos con ella.

Esta sesión vivió la denominada “semana negra” (16-21 de noviembre), porque se acumularon cuatro actuaciones de Pablo VI consideradas desafortunadas. Ante las intervenciones sobre ecumenismo y el aplazamiento sobre la libertad religiosa, se dice que algunos observadores “llegaron al punto de querer abandonar el Concilio”. Finalmente, estos actos de autoridad del Papa no terminaron en ruptura.

Con su decreto *Unitatis Redintegratio*, el Concilio abandona viejas actitudes y entra en un lenguaje nuevo, con “ánimo benévolo” (nº 9), aclarando que “no existe auténtico ecumenismo sin una conversión interior” (nº 7). Pide que se enseñe la teología desde un punto de vista ecuménico, para que “el modo y la manera de expresar la fe católica de ninguna manera se convierta en obstáculo para el diálogo con los hermanos” (nº 11). En definitiva, para que prime el “espíritu de caridad y no de rivalidad” (nº 18).

## 4ª etapa: otoño de 1965

El 14 de septiembre de 1965 se abre la cuarta y última sesión del Concilio, en la que son promulgados y aprobados los once documentos restantes. Fue una sesión muy cargada. Hubo que terminar y votar todos los documentos pendientes entre octubre y diciembre de 1965. Tras cuatro años de trabajo, se vota el esquema sobre la Revelación Divina. Max Thurian dirá que “la influencia ecuménica” había jugado “un rol considerable” en la elaboración de este documento, que “pone fin a la polémica simplista entre protestantes y católicos”.

El 16 de noviembre de 1965, el CELAM organiza una conferencia en la sala de *Radio Vaticano* a la que acuden cardenales, obispos y embajadores sudamericanos. Roger anuncia allí el lanzamiento de una edición ecuménica del Nuevo Testamento en español, a través de la Operación Esperanza. En esta presentación, habla de una primavera de la Iglesia en la que se aproxima la “unidad visible” que surgirá como “una luz en la noche”.

Este año Roger publicará *Dinámica de lo provisional*, dando una nueva dimensión al ecumenismo. “El diálogo –dice– es indispensable para la búsqueda de la unidad, pero con la condición de que no constituya una complacencia en el estatismo de una paz confesional. Frente a la inmensa esperanza suscitada, he ahí que aparece la tentación de estar exponiendo interminablemente los matices confesionales. El confesionalismo es una actitud de autodefensa”.

“Una vez acabado el Concilio, en su última sesión, el día 7 de diciembre de 1965, todos los asistentes pudieron ver cómo Pablo VI, en el momento de abandonar la Basílica de San Pedro, dejaba el cortejo de quienes le rodeaban y se acercaba a saludar a los dos hermanos de Taizé, tomándoles familiarmente las manos y hablándoles por unos momentos. Este gesto que expresaba la gratitud del Pontífice romano por la aportación de Taizé al Concilio concretaba también la tierna amistad que, vinculando la Comunidad con la Iglesia católica, envuelve las relaciones entre los hermanos y la persona de los papas”.

## LA FRATERNIDAD DE CADA DÍA DEL CONCILIO

Desde aquel 11 de octubre de 1962, los hermanos Roger y Max asistieron a las sesiones conciliares pero, a la vez, en un pequeño apartamento de Roma, realizaron la acogida que les caracteriza invitando a la oración, a la mesa y al diálogo a muchos de los obispos y teólogos participantes en el Concilio.

Hablando de su asistencia, Roger escribe: “Tuve a menudo la impresión de no estar hecho para participar en una asamblea así. Era bonito unas horas, pero día tras día durante tres o cuatro meses cada año, se hacía largo. Sin embargo, durante las cuatro sesiones del Concilio, de 1962 a 1965, no falté más que a dos mañanas. Leía por la noche los textos de santa **Teresa de Ávila**. Ella me transmitía los ánimos para seguir”.

El comentario sobre la *Dei Verbum* que publican Roger y Max terminado el Concilio se inicia narrando “una jornada en el Concilio”. Roger contextualiza ahí

su presencia en el aula conciliar y en el apartamento de Via del Plebiscito. Con su estilo personal, sabe mostrar la interrelación entre las grandes causas y lo cotidiano.

*“Saliendo del Concilio por la puerta de Santa Marta (...). Buscamos a quienes hemos invitado a ir a nuestro apartamento a comer. En las conversaciones alrededor de la mesa, el hecho de compartir el mismo pan, a nosotros que no podemos comulgar de la misma mesa, nos parece como una prefiguración de lo que se nos ofrecerá un día en la unidad visible a través de una misma Eucaristía”.*

Cada día invitaron a obispos y teólogos. El cuarto año, a algunas de las oyentes que participaron en el Concilio.

*“Las comidas eran sencillas, a veces desbordantes de alegría. La comida era frugal. Supimos que algunos decían entre ellos: ‘Antes de ir a comer a la casa de los hermanos de Taizé, más vale comer algo’. Había sobre todo arroz y salsa de tomate, un poco de vino, y siempre encontrábamos flores para adornar la mesa”.*

La referencia a esas comidas aparece en las memorias publicadas por participantes en el Concilio, acompañada de pequeñas anécdotas significativas. Algunos ejemplos:

■ Yves Congar ha escrito en *Mi diario del Concilio*, en las notas del 8 de noviembre de 1962: “A las 20 h. cenar con los hermanos de Taizé. Han creado un clima propio en el apartamento que ocupan. Se habla mucho... Prácticamente en ninguna comida faltan invitados; a veces, hasta cinco o seis obispos... Contribuye a crear el clima del Concilio propiamente dicho”.

Otra nota, dos años posterior, dice: “Esta noche, oración y cena con los hermanos de Taizé. Una vez más toco el milagro de esta creación. Taizé me parece un ejemplo brillante de respuesta evangélica y yo diría sacerdotal a la espera de los hombres” (18 de octubre de 1964).

■ Dom Hélder Câmara, en sus cartas circulares del 8 y 9 de octubre de 1964, nos aproxima a un ejemplo de las dificultades vividas en el Concilio, a la vez que

nos muestra un servicio hecho por Taizé durante ese tiempo. Con verdadera sensibilidad evangélica, escribe:

*“Después de recibir una llamada, el Hno. Roger acudió a la sede del Santo Oficio, el último domingo de septiembre. La visita se repitió en la fiesta de san Francisco. Era deseo del cardenal Ottaviani que el H. Roger asistiera a su Misa. El cardenal le suplicó una oración por él: ‘Pida a Dios me ayude a comprender y aceptar el Concilio. No es nada fácil. Sería más sencillo si yo fuera un joven. En mi caso, no puede ser sino obra de un milagro de Dios. Pero no quiero pecar contra la luz”.*

El 17 de noviembre 1964, Dom Hélder escribe: “Hoy, Roger me ha pedido vaya a cenar con él... La cena sería también una oportunidad para agradecer juntos a Dios la Colegialidad. Pero, además, nos iba a permitir sentarnos a cenar en el mismo lugar ocupado ayer por el cardenal Ottaviani (...). Ottaviani rezó las completas con los Hermanos siguiendo el Breviario de Taizé. ¿No estamos ante un milagro? Si lo supieran en la Curia romana, algunos nostálgicos del pasado que están presagiando el fin del mundo, ¿no serían presa de un ataque de pánico?”

Roger logra de Ottaviani cuanto quiere. En mi opinión, el pobre cardenal (al que hoy conozco mucho mejor y al que quiero con todo mi corazón) sufre al ver que todos le temen. Cuando Roger se encuentra con el cardenal, lo hace como un niño que se lanza sobre un policía, le toca, le tira de la lengua... Bien sabe Dios que en esta imagen no hay ninguna falta de respeto. ¿A quién le gusta que le teman constantemente?”.

Dom Hélder muestra en esta extensa cita no solo el clima de fraternidad vivido, sino también el drama íntimo que algunos conciliares experimentaron por sus resistencias a aceptar el Concilio.

Hay otras referencias menos capaces de comprender la paciente maduración de Taizé en su resolución de “no encerrar ni permitir que se encerrara Taizé en el seno de una confesión solamente, sino de encontrar una verdadera inserción ecuménica”. Ese aspecto de su



El Hno. Roger con Hélder Câmara



Observadores  
en el Concilio

vocación ecuménica no es comprendido por todos. Cuenta en sus *Memorias* Hans Küng que, durante el Concilio, en una cena los hermanos Roger y Max le preguntaron qué debían “hacer ellos precisamente en esta hora histórica, yo les digo: ‘Seguir siendo buenos protestantes’”. Küng apunta: “Una respuesta que no les gustará del todo. A pesar de mi admiración por su trabajo, tan importante especialmente entre la juventud, tengo la preocupación justificada de que los fundadores de Taizé, mimados por el Vaticano, se adapten excesivamente a Roma”.

Esos encuentros están entremezclados con el trabajo y la reflexión de la comunidad sobre los documentos del Concilio: “Inscrito en esta vida de comunidad y de contactos (...), nuestro interés se concretó a menudo en las constituciones en curso de elaboración: la Revelación, la Iglesia, la Liturgia, la Iglesia en el mundo contemporáneo, y el decreto relativo al ecumenismo. Junto con este último, los textos sobre la Revelación y sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo nos parecieron ser las piezas maestras del Concilio para estimular el movimiento hacia la unidad visible de los cristianos”.

Se sabe que Roger vivió profundamente la preparación del documento sobre *La Iglesia en el mundo de hoy (Gaudium et Spes)*. Pero su mirada está especialmente atenta a la constitución *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, a la que dedicó un pormenorizado estudio publicado al acabar el Concilio: *La Parole vivante au Concile*.

*“Saber esperar el acuerdo de las tendencias opuestas: ¡Cuántas veces me lo he repetido durante el Concilio! (...). Al acercarse la clausura, las tensiones aumentaban conforme a la importancia de las decisiones. ¿No alimentaríamos todos el deseo, completamente humano, de ver que se registraban nuestras propias tendencias en los documentos? ¡Nada hay menos ecuménico!”.*

Terminado el Concilio, cuando la cuestión ecuménica parecía fácil, el Hno. Roger escribió: *“No haremos del ecumenismo una ideología más, un bello tema de conferencias en las que cada uno justificará durante siglos sus propias posturas. No negamos la necesidad de instituciones en las que también puede registrarse la gratuidad de una entrega. Pero, para nosotros, el ecumenismo no es una idea ni una noción, es una respuesta de la fe a un acontecer de Dios en nuestra historia”.*

## TRES RESONANCIAS DEL CONCILIO

### 1. El comentario a la *Dei Verbum*

Recién terminado el Concilio, en 1966, Les Presses de Taizé edita el comentario sobre la *Dei Verbum* del Hno. Roger y Max Thurian. Entienden que esta constitución “está llamada a desempeñar un papel considerable en el diálogo ecuménico entre cristianos divididos, ya que intenta devolver a todos un mismo lenguaje, el lenguaje bíblico, para exponer el fundamento mismo de nuestra fe común”.

La primera edición francesa (marzo de 1966) no lleva el prólogo de Henri de Lubac, que aparecerá en la segunda (16

agosto de 1966) y en la edición inglesa de 1968. Las dos ediciones francesas están dedicadas al Secretariado para la Unidad de los Cristianos, en reconocimiento por su incansable trabajo por la unidad visible de los cristianos.

Henri de Lubac, uno de los teólogos del Vaticano II y amigo de la comunidad de Taizé, destaca el perspicaz análisis hecho por el Hno. Roger y por Max. Tanto del documento como de su comentario sobre la relación entre Escritura y Tradición. Dice De Lubac que los dos autores pueden darnos este comentario porque “estuvieron lo suficientemente cerca para seguir cada fase de la preparación del texto conciliar; interesados incluso en los más mínimos detalles de su redacción; y durante mucho tiempo nada les importó más que este tema fundamental (...). Uno podría temer al menos que el fervor ecuménico prevalente en Taizé podría influenciarles inconscientemente a adoptar una interpretación extrema de un texto que ciertamente les permite un nuevo apoyo. Pero este no es el caso. Es un comentario perfectamente objetivo, cuya gravedad, claridad y equilibrio lo convierte en un excelente instrumento de trabajo”.

“El único punto de fricción que se encuentra en este área entre católicos y protestantes, la única cuestión cuya respuesta aún separa seriamente a los cristianos, es la de saber cuál debe ser el criterio final de interpretación de la Escritura, cómo puede identificarse la auténtica Tradición”. Los católicos colocamos este criterio final en la autoridad del magisterio de la Iglesia. El protestantismo piensa que eso es peligroso. Teme que tal magisterio “últimamente se coloque a sí mismo por encima de la Escritura y no pueda ser juzgada ella misma por la Palabra de Dios”.

En el comentario, ellos destacan: “La Escritura, conjuntamente con la Tradición, es la regla suprema de la fe de la Iglesia. Esta regla suprema no es ni la Escritura sola, aislada, ni la Escritura y la Tradición, meramente yuxtapuestas; sino la Escritura **conjuntamente con** la Tradición, la Escritura comprendida, interpretada, explicitada, confirmada por la

Tradición, que transmite fielmente la Palabra de Dios en la Iglesia”.

El Hno. Roger y Max ven en la existencia de este texto “un signo ecuménico”, pues afirma sin ambigüedad que el magisterio nunca puede proponer a nuestra fe otra cosa que no sea el contenido de la Palabra de Dios, y que la autoridad de la Iglesia no está “por encima de esta Palabra, sino enteramente a su servicio”.

De Lubac dice que otorga gran interés a este comentario el hecho de que “en toda la obra del Concilio se puede detectar que está operando un ‘método’ o un ‘intento’ o un ‘avance inclusivo y ecuménico’ que trasciende y subsume toda una serie de posiciones desfavorables, creídas en principio como mutuamente excluyentes”.

Actualmente, cada día, en los encuentros de jóvenes en la colina de Taizé, la reflexión se inicia en torno a un texto bíblico.

## 2. Operación Esperanza

Fue a comienzos de 1963, ya iniciado el Concilio, durante la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, cuando Roger se decide a lanzar la *Operación Esperanza*, que había brotado de un encuentro: “Hace ya varios años descubría a unos obispos de América Latina. Desde entonces, sus preocupaciones se han convertido en las mías”. Cuenta que, cuando escuchaba a estos hombres pedir la colaboración de Taizé, se decía interiormente: “Esto no es para nosotros. Por lo demás, Taizé está al cabo de sus posibilidades humanas. A otros, pues, incumbe comprender la urgencia y sostener a unos hombres, a unos obispos, que toman valientes iniciativas con miras a la promoción humana de las poblaciones”. De regreso del Concilio, tras haber escuchado, en Taizé mismo, a unos obispos sudamericanos, “me decidí a creer que ‘esto era para nosotros’”. Y así nació la *Operación Esperanza, con la meta de sostener a cooperativas agrícolas creadas con campesinos pobres en tierras que pertenecían a la Iglesia*.

“¿En qué consiste la Operación Esperanza? En venir en solidaridad de unas iniciativas locales, tomadas por hijos del continente sudamericano, a fin de devolver una esperanza

de vida a hombres y mujeres que la habían perdido”. En su evolución, esta solidaridad se ha ido ensanchando a otros lugares de la tierra.

De fondo, una profundización en la vocación contemplativa y ecuménica, ya que “un ecumenismo que solo se propusiera el encuentro de las cristiandades occidentales estaría condenado al fracaso, porque nos haría recaer en el proceso de repliegue sobre uno mismo que caracteriza a toda sociedad vieja. Pero si cooperamos con miras a aportar una promoción humana a los más pobres, nos distanciaremos considerablemente de nuestro pasado, de nuestras sordas luchas de influencia, de nuestro apetito inconfesado de llevar razón: estaremos realmente comprometidos en la ecumene, esa realización de la unidad visible de los cristianos y, a través de ella, de la unidad de todos los hombres”.

Y la Operación Esperanza continúa.

## 3. El Concilio de los Jóvenes

Quizás sin la presencia de Roger como observador en el Concilio, y sin la amistad con Juan XXIII, nunca hubiera brotado la intuición de llevar a cabo un Concilio de los Jóvenes. De fondo, la presencia cada vez más masiva de jóvenes en la colina de Taizé. Todo lo que supuso el mayo del 68 en esa generación, y el inicio de cierta decepción e impaciencia respecto a la aplicación de los documentos conciliares.

El Hno. Roger pensó que podría ser una respuesta permitir a los jóvenes vivir algo semejante a lo que los obispos habían vivido: encontrarse de todos los continentes, durante un cierto tiempo, para rezar, reflexionar y buscar juntos. La preparación del Concilio de los Jóvenes duró cuatro años y generó múltiples encuentros en todos los continentes.

En la Pascua de 1974, se anuncia su apertura para ese año (30 de agosto- 1 de septiembre). Durante ella, Roger anuncia que irá a Chile que había sufrido un golpe de Estado, y se publica también la Carta al Pueblo de Dios: Iglesia, ¿qué dices de tu futuro?

En 1979, el Concilio de los Jóvenes da paso a lo que se llamará Peregrinación de Confianza a través de la tierra. Así

se abrió un diálogo entre los jóvenes que van a la colina de Taizé y la comunidad que visita a los jóvenes en sus lugares de origen, para afianzarlos en el compromiso con la Iglesia local o con sus barrios o en los lugares de estudio o trabajo. Cada vez más, estos encuentros son una oportunidad para despertar la amistad a veces entre un joven y una familia de otra tradición religiosa.

Y continúa la presencia de los jóvenes en la comunidad de Taizé

## EL CAMINO CONTINÚA

Tras la muerte del Hno. Roger, la comunidad ha encontrado páginas inéditas en el diario de su fundador, en el borrador de unos escritos que comienzan así: “Te invito a la alegría”. La obra quedó en una redacción preliminar conteniendo escritos redactados entre 1956 y 1963, sobre el anuncio del Concilio por Juan XXIII y los comienzos del Vaticano II. En el capítulo tercero, Roger ofrece una mirada retrospectiva, cuarenta años más tarde, y habla del cambio que supuso en la vida de la comunidad la amistad con Juan XXIII. Este libro ha sido editado en francés por Les Presses de Taizé en 2012, con el título *À la joie je t'invite. Fragments inédits 1940-1963*.

Una de las más originales aportaciones de Roger al ecumenismo ha sido “mostrar que la reconciliación es posible”. Como dice el nuevo prior, Hno. **Alois**: “Ya no podemos buscar excusas para no reconciliarnos. Quedarán muchas cuestiones teológicas, pero ya podemos anticipar una reconciliación. El Hermano Roger dijo que había reconciliado la fe de sus orígenes con la fe de la Iglesia católica sin romper con nadie. Y nosotros continuaremos por ese camino”.

La comunidad ecuménica de Taizé avanza por el camino abierto por Roger, a la escucha de los miles de jóvenes que acuden hasta la colina buscando respuestas válidas para hoy desde el mensaje perenne del Evangelio, manteniendo un estilo contemplativo y pastoral, a la vez que canta, reza y trabaja por la unión entre las Iglesias y los pueblos abriendo fuentes de vitalidad.